

LIBRO III

FÁBULA PRIMERA

El Alcides burlado.

Por un manso riachuelo
De linfas transparentes,
Sin fatiga
Guiaba un Rapazuelo,
Por las suaves corrientes,
Una viga.

De sus fuerzas ufano,
El orgullo le eleva
Con exceso;
Sin ver el Casquivano
Que es el agua quien lleva
Todo el peso.

— «¡Admiren mi pujanza
Los mozos más cabales
(Grita ledo)
Al ver que, como en chanza,
Empujo cien quintales
Con un dedo!

¡Ya no temo que estalle
Tropel ni baraúnda,
Con tal brazo;
Pues me harán todos calle,
Temiendo que les hunda
De un porrazo!» —

Mas ¡ay! ¡que el gran madero
Se le atasca en la arena!
¡Suerte aleve!
Y ya el Alcides fiero,
Con toda su faena,
No lo mueve.

— «¿En dónde está tu brío
(Gritábale la gente),
Seor pedante?» —
Y hasta el plácido río
Burlábase inclemente
Del gigante.

*Si Dios al hombre abona,
En la empresa más ruda
Será fuerte.
Mas ¡ay del que blasona!
Pues, si pierde su ayuda,
Queda inerte¹.*

¹ Joan., XV, 5.

FÁBULA II

El Siglo XIX y el Solitario.

Subiendo montes y saltando peñas,
El Siglo Diez y Nueve iba cazando
(Con su fusil de aguja, por más señas),
Cuando, oculto entre breñas,
Vió, al umbral de su asilo venerando,
Un Viejo penitente,
Que á la sazón oraba,
Y perdón para el Siglo demandaba.

Al ver el diestro Cazador tal ente,
En sus tiempos sin fe desconocido,
Quedó sobrecogido;
Y más bien que tirar y herir la presa,
Quiso astuto cazarla por sorpresa.

Así fué que, mudando la figura,
Y poniendo elegante catadura,
Se le acerca y le dice:—«Buen amigo:
¿Es posible que, solo y sin abrigo
En estos andurriales,
Prefieras habitar entre animales,

Pudiendo, á tu placer, gozar conmigo
De tantos embelesos,
Hijos de mi invención y mis progresos?» —

— «¡De progresos habláis! (responde el Viejo)
Mostrádmelos, Señor, si no os aburre;
Aunque bien se me ocurre
Que serán adelantos del cangrejo.» —

Y entró el Siglo charlando por los codos.
— «Oye: el más vil de todos
Es el GAS, del que saco luz tan bella
Que ilumino con ella
Mis ricas poblaciones,
Los cafés, los teatros y salones,
Derramando en la noche la alegría,
Cual si estuviera el sol en medio día.

» Sigue luego el VAPOR, que, comprimido
En mis locomotoras,
Máquinas voladoras,
Arrebata, anunciándolo el silbido,
En ígneo carro hacia el confín remoto,
Más quintales que mueve un terremoto.

» ¡Qué poder! ¿no es verdad? Ya tienes hambre

De admirar mis inventos:
¡Qué será cuando toques los portentos
De mi ELÉCTRICO ALAMBRE!
Á su mágico imperio sin segundo,
Ante el cual no hay distancias en el mundo,
Si tienes un amigo allá en América,
Charlar puedes con él, á maravilla,
Cual si en broma quimérica
Conversaseis los dos de silla á silla.

»¡Conque, ven sin demoras!
De todo gozarás, si al fin me adoras» —¹
— «¡Basta ya, Tentador! Si todo es eso
(Replicó el buen Anciano inalterable),
Voy ¡oh Siglo! á mostrarte el retroceso
Que ese mundo variable
Sufre hoy, á pesar de tu progreso.

»Otra luz más radiante
Que la luz de tu Gas, tan ponderado,
Tuvo el mundo en un tiempo ya pasado.
Y esa luz penetrante,
De que el hombre sacó más ricos bienes,
Es la luz de la **Fe**, que tú no tienes.

¹ Math., V 9.

»Ni tampoco el Vapor se conocía,
Que hoy arrastra viajeros y quintales;
Mas el hombre tiraba de sus males
Con cristiana alegría;
Y más veloz corría
Por la senda feliz que al Cielo alcanza
Con la fuerza y poder de la **Esperanza**.

»Y en defecto de máquinas parlantes
Para hablar con los pueblos más distantes,
Tuvo la **Caridad**, hija del Cielo,
Para hablar con su Dios desde este suelo.
¡Qué! ¿no reina un espíritu en el hombre?
¿No tiene la moral leyes divinas?
Pues si en esto, cual loco, desatinas,
Aunque el vulgo se asombre,
No te cuadra el progreso, ni en el nombre.

»Y, si todas tus glorias, cual presumo,
Estriban en telégrafos y en humo,
Y el espíritu gime en la miseria,
Tu peligroso encanto
Del de siglos, que fueron, dista tanto
Cuanto distan el alma y la materia.

»Y con esto probado ya te dejo
Que adelantas lo mismo que el cangrejo.» —

Así terminó el Viejo, ya cansado,
Cuando el Siglo, irritado
Con verdades tamañas,
Disparando el fusil endemoniado,
Le paso de un balazo las entrañas.
Y el Anciano ¡infeliz! cayó al momento:
¿Murió por la verdad? Murió contento.

*Desde entonces, á todo el que se empeña
En probarme que el mundo va adelante,
Cuando mísero y loco se despeña,
Yo respondo al instante
Lo de aquel sabio Viejo:
¡ADELANTE....! lo mismo que el cangrejo.*

FÁBULA III

El Bandido.

Llevaban á fusilar
A un pérfido Malandrín,
Que á todo un vasto confín
Con su nombre hizo temblar.

Gran ladrón, gran asesino,
Las muertes por centenares,
Y los robos por millares,
Trajéronle á tal destino.

Y era listo el muy truhán;
De agilidad tan maldita,
Que mejor prestidigita
Que Macallíster y Hermán¹.

No hubo puerta ni cerraja
Que al bribón no se rindiera;
Ni bolsa ni faltriquera
Que no abriese su navaja.

¹ Famosos prestidigitadores.

¡Mas ya cayó, por su mal,
Y en lucha con la milicia!
Que por eso esta justicia
Se hará por la *Ley Marcial*.

Y marcha fiero y con calma;
Y el Sacerdote le exhorta:
—«¡Que ya tu vida es muy corta!
Encomienda á Dios tu alma.»—

Mas no falta quien, al ver
Su mirada traicionera,
Sospeche que, antes que muera,
Ha de dar mucho que hacer.

Y ya llega, entre el rum-rum,
Al cuadro, ¡ay! ¡pobrecillo!
¡Ya está puesto en el banquillo!
¡Ya le apuntan! ¡Fuego! ¡Prum!

¡Cayó con la pataleta
Fingiendo angustias de muerte!
Tan propias, que nadie advierte
Que es todo una jugarreta.

—¿Pues qué.....?—
Con modos sutiles,

Por el demonio inspirados,
Hurtó el Nene á los soldados
Las balas de los fusiles.

Por cuya ocasión ¡bien calva!
Los soldados del piquete
Le sirvieron de juguete,
Gastando pólvora en salva.

Y vase la tropa luego,
Batiendo marcha con brío,
Cuando el muerto, entre el gentío,
Tomó las de Villadiego.

Y vuelve á su malandanza,
Y vuelve á sus correrías,
Al pillaje y raterías,
Al despojo y la matanza.

El vulgo no sabe cómo
La escena acabó en comedia;
Mas fué porque en la tragedia
No hubo lágrimas..... de plomo.

*Las lágrimas balas son
Que dan la muerte al Pecado;*

*Si te las roba el malvado,
No muere en la CONFESIÓN.
Ileso queda el bribón,
Aunque, al pronto, se haga el muerto;
Que, sin llevar dolor cierto
Y el pecho como una malva,
Serás como el inexperto
Que gasta pólvora en salva¹.*

¹ Joel, II, 13.

FÁBULA IV

Don Quijote y Sancho Panza.

*Perdón, Cervantes, si mi musa indiestra
Toma en boca á tu Andante Caballero,
Y en unión del buen Sancho, su Escudero,
Le saco á relucir á la palestra.*

*No te cause penar ni te dé grima,
Si á tu sombra mi ingenio se guarece,
¿Por ventura el coloso no parece
Más grande si el enano se le arrima?*

*Perdona, pues, mi antojadizo empeño
De seguirte un instante aquí, á mi modo;
Que así verá mejor el mundo todo
¡Cuán grande fuiste tú, yo cuán pequeño!*

*Después de una aventura horripilante,
En que el ínclito Andante
Por los suelos rodó, según costumbre,
Sancho Panza, con honda pesadumbre,
Increpa á su Señor que, en trance fuerte,
Á dos dedos se puso de la muerte.*

—«¿Es posible, Señor (así exclamaba
Al par que de las greñas se tiraba),
Que la vida expongáis de estas maneras
Inauditas y extrañas;
Y, por vanas quimeras,
Un porrazo llevéis, y otro porrazo;
Que este es siempre el laurel de las fazañas
Del valor invencible de ese brazo?»—

—«¿Y qué importa morir, ¡oh Sancho amigo!
Si una tumba inmortal después consigo?
Es muy poco una vida: tres, y ciento,
Daré yo muy contento
Por reposar entonces
En sepulcro de mármoles y bronce.
Porque entiendo será gran mausoleo
El que mi cuerpo guarde.....

—(Enjuto y feo)—

Y donde el mundo con asombro lea
Mi epitafio con lágrimas.....

—(De risa)—

Que si tuvo Mausolo una Artemisa ¹,

¹ Artemisa, Reina de Halicarnaso, hizo levantar un grandioso sepulcro para encerrar los restos de su marido Mausolo, de quien toman el nombre de *mausoleos* los sepulcros notables por su magnificencia.

Conmigo hará otro tanto Dulcinea.»—

—(Mi Señor está loco,
Ó le falta muy poco.)—

—«¿Qué murmuras, buen Sancho?»—

—«Considero

Lo que va de un Andante á su Escudero;
Pues me importa una higa
Lo que á vuestra merced á tanto obliga;
Que, á decir lo que siento,
y mi antojo consulto,
Pondré en mi testamento
Que dejen mi cadáver insepulto.»—

—«Eso no, ¡voto al Cid! como yo entienda...
¿No ves, hartó de ajos,
Que tu cuerpo infeliz será merienda
De las fieras, los buitres y los grajos?»—

—«No osarán; pues mi dueño Don Quijote
Me pondrá entre las manos un garrote
Con que pueda ahuyentarlos.

—«¡Gran camueso!

¿Te quedaste sin seso?
Cuando muerto ya estés, ¿cómo los sientes
Si te clavan los picos ó los dientes?»—

—«Pues si no he de sentir esos trabajos,
Como todo pelgar que el ojo cierra,

Lo mismo se me da me coman grajos
Que me coman gusanos bajo tierra.»—

—«Ya te entiendo, follón; ¡con qué rodeo
Te vienes á burlar del mausoleo!»—

—«Lo que digo, Señor, es que la muerte
Debe hacernos pensar muy de otra suerte.»—

—«¡Oh qué estrecho que vas, amigo Sancho!»

—«Estrecho nó, que hasta mi rejo es ancho.

—Mas oí esta verdad al señor Cura,
Y aquí la encajo, aunque parezca dura.»

—«¿Cuál?»

—*Después de la humana batahola,
El cuerpo quedará en la podredumbre;
Las obras seguirán al alma sola,
Hasta que el Sol de eternidad alumbre*¹.

¹ Apoc., XIV, 13.

FÁBULA V

Los dos Gatos.

En un volver de narices
Del cocinero Juan Natas,
El Morrongo y Zamparratas
Atraparon dos perdices.

(Que no sólo acá *inter nos*,
Sino entre gente gatuna,
Se tiene por gran fortuna
Para dos perdices, dos.)

Mas como (el sabio lo advierte)
*Omnis saturatio mala*¹,
Cada gato, al fin, exhala
Hondos maullidos de muerte.

En tan aflictivo lance,
Morrongo, gatazo feo,
Interroga á su Correo:
—«¿Qué hacemos en este trance?»—

¹ Toda hartura es dañosa.

(Y responde):— «Fuera bueno
Chupar jugos alcohólicos,
Que en estos pícaros cólicos
Hacen lanzar el veneno.»—

— «¡No tal! que en la vomitona
(Replica el otro maldito)
Saldrá el cuerpo del delito;
Y entonces, ¿quién nos abona?

Nos tendrán ya por ladrones;
Y, sin formas de proceso,
Castigarán el exceso
Con los palos de escobones.»—

— «¿Y quieres morir mejor,
Endemoniado Morrongo?»—
— «Sí; primero me propongo
Ser mártir que confesor.»—

— «Pues yo lanzaré muy presto,
Aunque sepan mi pecado.»—
— «Y yo espero agazapado
Á ver en qué para esto.»—

¿Y en qué paró? Zamparratas
Chupó emética raíz,
Y vomitó su perdiz
Con pico, plumas y patas.

Lo cual, notado por Juan,
Que andaba listo, en acecho,
Compadecido del hecho,
Le perdonó sin afán.

Morrongo, por el contrario,
Por no sucumbir al vómito,
Rebelde, cobarde, indómito,
Reventó tras de un armario.

*¡Cuántos niños desdichados,
Por rubor mal confesados,
Sufrirán la misma suerte,
Causando al alma la muerte
Por ocultar sus pecados!*¹

¹ Prov., XVIII, 17.

FÁBULA VI

El Asno arrogante.

Un Asno, con intrépida arrogancia,
Valiéndose de intrigas y de amaños
(Que entre bestias tampoco son extraños),
Logró un puesto y un nombre de importancia.

Ya se deja entender que su ignorancia
En su reino causó terribles daños;
Mas, al fin, conocidos los engaños,
Con la muerte pagó su petulancia.

¡Ay! Los hombres, del crimen que menciono,
Quedarse suelen por acá riendo....!
Mas no será lo mismo, y yo lo abono,

Ante el divino Juez, sabio y tremendo;
Que vengará, desde fulgente trono,
*El falso nombre cual delito horrendo*¹.

¹ San Bernardo.

FÁBULA VII

Los Náufragos.

Avanza ligera Nave,
Surcando la mar soberbia,
Sin temor de la borrasca
Que ya á barlovento truena.

Cargada de maravillas
Y de orientales preseas,
¡Cuántos sueños y esperanzas
Á su frágil bordo lleva!

Mas ¡ay! que la tempestad
Bate sus alas ligeras.....
Vino la noche: ¡qué espanto!
Todo es horror y tinieblas.

De pronto los aquilones
Gigantes olas encrespan;
Retumba el trueno, y del rayo
La súbita luz aterra.

Y el viento troncha los palos,
Un ola el timón se lleva,
Cruje el casco, y, sin gobierno,
Juguete del mar se queda.

Y vese, cuando el relámpago
Alumbra la horrible escena,
Que unos suben, otros bajan,
Unos lloran, otros rezan.

Grita el Piloto, y en vano:
No hay quien sus voces atienda;
Mas en tanta confusión
Muchos sus joyas aferran,

Y, á sus cuerpos bien ceñidas,
Salvarse con ellas piensan;
Mientras otros, á un madero
Asidos, oran y esperan.

En esto la Nave embiste
Contra las rocas, violenta:
Se oye un grito pavoroso.....
Y el mar los restos dispersa,

Flotando entre hirviente espuma
Las jarcias, cofas y vergas.
—¡Ay! ¿Qué ha sido de los náufragos?
—La suerte fué muy diversa:

Unos bajaron al fondo
Al peso de sus riquezas;
Los otros, en una tabla,
Al puerto seguro llegan.

*Es la muerte el gran naufragio
En que la vida se estrella ¹:
Si al hombre sorprende asido
De este mundo á las quimeras,*

*Con ellas baja al profundo;
En tanto que al Cielo vuela
El que, abrazado á la Cruz,
El mundo á sus plantas huella.*

1 Prov , I, 27.